

FINALISTA IV PREMIO NOVELA ROMÁNTICA KIWIRA

# DESORDEN

LEONOR BASALLOTE



# Copyright

EDICIONES KIWI, 2017

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Primera edición, noviembre 2017

© 2017 Leonor Basallote

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Elena Hernández

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

22

23

24

25

26

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Persigue tus sueños, a veces, se cumplen.

# 1

La sensación de que el mundo se cierra y tu espacio es cada vez más y más pequeño. Que las paredes que te rodean se estrechan y el aire dentro de ese espacio es más y más escaso. La asfixia social, había empezado a llamarlo.

Es una insatisfacción continua, nada me llena lo suficiente para agarrarme a ello como al salvavidas que necesito encontrar. Pruebo distintas fórmulas, distintos caminos que siempre llevan a las mismas metas: la desilusión y la frustración.

Algo debe cambiar, mi vida debe dar un giro de ciento ochenta grados para poder encontrar a la verdadera Claudia. En el fondo de todo ese saco de despropósitos y malos finales, está ella. La Claudia que quiero ser. Una que no tenga miedo a nada y se enfrente al mundo como si cada día fuese una aventura. Pero al instante me viene a la mente la de veces que me he caído para luego tener que levantarme, y mis fuerzas, enriquecidas por la ilusión, se desvanecen con la misma rapidez con que las he creado.

En la silla del aeropuerto, con la vista perdida en los enormes ventanales que te ofrecen una página en blanco para que la escribas, no dejo de pensar si esta vez es la definitiva o si tendré que volver atrás con el rabo entre las piernas.

Hace tres días que, en mitad de la madrugada, me levanté a preparar las maletas. Tomé una decisión y no esperé a que mi cabeza me asaltara con los pros y los contras y me reventara la idea en menos que canta un gallo; siempre he sabido que cuando las cosas se planean es cuando peor salen.

El escenario era lo primero que debía cambiar. Ningun-

na obra de teatro se puede volver a representar, años después, con el mismo decorado. Si estaba decidida a que mi vida fuese, de una vez por todas, como la había soñado, debía irme lejos.

Y aquí estoy, esperando que la puerta de mi borroso futuro se abra y me deje pasar.

He removido cielo y tierra para poder conseguir el billete a mi nueva vida. Destino final: Boston. La idea nació de un documental acerca de la ciudad que ocupa el primer lugar en número de puestos de trabajo de América y posee un sinfín de oportunidades: universidades, centro económico en alza, la libertad de ser una completa desconocida...

Mi primer escollo era el dinero; no se puede planear una huida sin tener las arcas bien saneadas, y ese no es mi caso. Había agotado todas las reservas que tenía, tan solo disponía de mi pequeño salario por retocar fotos y la ayuda del Gobierno. Con eso no iría ni a la esquina. Le di mil vueltas a la cabeza pensando a quién podía recurrir: mis padres, descartados; su pensión casi no les llega para los dos y, a veces, incluso en mis mejores momentos, he tenido que arrimar el hombro. Mi hermano, descartado; se dedica a enseñar surf a los turistas y a dormir en medio de la nada. Siempre dice que no le hace falta mucho para vivir y él lo cumple a rajatabla. ¡Hasta pensé en mi tío Antonio! Le había tocado la lotería un par de veces hace unos años, aunque lo descarté al momento; no tenía relación con él desde mi infancia, y, en el transcurso de ese tiempo, lo habían operado a corazón abierto. Me reproché no ser más familiar, como dice mi madre, y bastante más superficial, como yo misma había visto que se conseguían las cosas.

Descartado el tema de la familia, solo me quedaba mi mejor amigo.

Sabía que me llamaría loca, pensaría que era otro de mis impulsos. Pero siento que este es el definitivo. A mis



treinta años, no puedo equivocarme de nuevo, debo pensar muy bien el plan de acción para presentarlo como algo reflexionado y analizado hasta su última coma. Aunque se trate de un impulso de madrugada después de ver un reportaje en la televisión.

Es mi último cartucho.

Las manos me temblaron cuando agarré el teléfono a primera hora de la mañana. Había recogido todas mis pertenencias como una posesa durante la noche y terminado rodeada de cuatro cajas y tres maletas. Llamar a Alfonso fue más difícil. Él siempre ha sido mi protector. Aunque somos amigos, siento que algo de él me protege. No es una sensación de parentesco, es como un tutor que nunca deja a su pupilo volar solo. Así es como Alfonso me trata. Me siento segura a su lado.

Marqué su número. Esperé unos tonos a que contestase mientras repetía en mi cabeza la explicación que había memorizado. Uno, dos, tres...

—¿Qué es de tu vida? —La vitalidad que desprende, a pesar de tener casi diez años más que yo, es envidiable.

—Tengo algo que contarte y no he querido esperar a más tarde, ¿te pillo bien? —Nunca he sido mujer de rodeos y, si empezaba a titubear, iba a perder el hilo de mi guion bien aprendido.

—¡Bueno! Debe de ser algo realmente importante cuando ni siquiera me das los buenos días, ¡dispara!

—Lo siento, soy una bruta cuando algo me nubla la cabeza. —Me reprendí por el mal comienzo y desembuché todo el discurso del tirón—: Me voy a Boston. Es una idea que me lleva rondando desde hace un tiempo y ya no puedo más. Necesito saber que sirvo para algo, que la sociedad no me ha anulado y colocado en un lugar para chicas desilusionadas y con baja autoestima. ¡Necesito brillar! Sé que soy una profesional en mi trabajo, solo quiero una

oportunidad para demostrarlo. Voy a construir una nueva vida, sin pasado, sin nada que arrastrar. Todo nuevo.

—¡Uau! No sabía que estabas en ese punto, pero pareces muy decidida. Tienes todo mi apoyo, aunque me obligues a aprender cómo funciona ese maldito programa de llamadas por videoconferencia. —Una sonrisa escapó de mis labios al pensar en la tecnología y en Alfonso.

—Ahí no acaba la cosa. Necesito dinero para empezar. Sé que ahora estás más apurado con la separación y la pensión para los niños, pero no necesito mucho y prometo que te lo devolveré en cuanto consiga un trabajo y pueda mantenerme.

—¿Cuánto te hace falta? —Mi corazón empezó a palpar con tanta fuerza que sentía la sangre correr por mis venas. Mis manos se aferraron al teléfono, conscientes de que era mi última oportunidad.

—Tres mil euros. —Esperé unos segundos para comprobar su reacción y cuando no noté nada, proseguí—: El billete cuesta unos seiscientos, y necesitaré alquilar algo cuando llegue. Ya he echado un vistazo y por menos de mil dólares no tienes nada. Espero estar trabajando en unos días. Creo que con eso bastaría. —Mi tono había bajado a la par que la seguridad que tenía en mi plan.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? Boston está muy lejos, y no puedes llegar a una ciudad que no conoces y empezar de un día para otro. No es tan fácil. Necesitarás contactos, alguien que te guíe para no cometer más errores.

Las palabras de Alfonso me recordaron que él ya ha sido testigo de muchos de esos errores. Pero, esta vez, algo en mi interior me dice que iba a ser distinto.

—Lo necesito, Alfonso. Algo dentro de mí me dice que esta es la parada definitiva.

—¡Está bien! Cuenta con ello. Con la condición de

que se lo cuentes tú a Marisa para que no me dé la tabarra pidiendo explicaciones, ¿de acuerdo?

—No hay problema. En cuanto tenga el billete en la mano, se lo cuento, igual que a ti, para que no piense que te estás gastando el dinero en otras cosas. —Marisa siempre ha sido muy comprensiva y sabía que, aunque algo más precavida que Alfonso, no pondría ningún obstáculo a mi plan.

Y después de dos días catastróficos en los que no he parado de justificar ante todo el mundo el porqué me voy tan lejos, si tengo algo allí a lo que agarrarme, si no me da miedo ir a una ciudad tan grande yo sola, etcétera, etcétera, estoy agotada. La determinación que atesoraba se está acabando, y el miedo empieza a subirme por las piernas como un hormigueo incómodo.

La puerta de embarque se abre a las doce en punto. Siento que tengo que entrar corriendo para que, una vez en el avión, el miedo no me deje retroceder.

Los minutos sentada en ese estrecho e incómodo asiento se me hacen eternos. Consigo entretenerme observando a los pasajeros que, poco a poco, van poblando el escenario de mi huida. Hay familias con niños, hombres de negocios, mujeres de negocios, jóvenes aventureros..., pero en ninguna de esas tribus puedo incluirme. No veo por ninguna parte a «mujer desarraigada, con un pesado pasado a sus espaldas y que acaba de dejar todo para embarcarse en una historia que ni ella misma sabe cómo acabará».

El móvil lo apago en cuanto subo al avión. No necesito estar pendiente de mensajes de mis padres que esperan hacerme cambiar de opinión a última hora.

Cuando una voz anuncia que nos abrochemos nuestros cinturones, yo ya he rezado todo lo que recuerdo de

mi infancia católica. No es mucho, pero espero que sirva para infundirme ánimos ante la nueva aventura que estoy a punto de emprender.

Me ha tocado un avión de esos que tienen tres filas de asientos. Estoy sentada en el centro, en una de las esquinas que dan al pasillo. Agradezco no estar embutida entre dos personas y tener sitio para estirar mis piernas.

El despegue es muy liviano, y en breve empiezo a ver el contorno de la península ibérica a mi espalda. Atrás deo un fracaso laboral, unas cuantas idas y venidas y el final de una historia, algo trágica, que me perseguirá mientras siga regodeándome en los recuerdos. Pensar en ello me hace suspirar. A pesar de estar en un habitáculo cerrado y que a muchos les crea ansiedad, yo ya empiezo a respirar mejor. Mi aire parece limpiarse por momentos mientras mis ojos ven alejarse los miedos.

He traído un antifaz para poder dormir un rato. El tranquilizante que he tomado en la sala de espera no tardará en hacerme efecto, así que, en cuanto la luz ámbar del cinturón se apaga, me dispongo a ir al baño para poder conciliar un sueño profundo dentro de las posibilidades del asiento.

A la vuelta del aseo, me doy cuenta de que el antifaz está en la mochila. Tengo que volver a levantarme para rebuscar en el compartimento. Este tipo de situaciones siempre me han parecido un poco violentas; pienso que los demás te observan y no paran de hacer conjeturas sobre qué estás buscando o por qué no lo has hecho antes. Quizás sea eso precisamente lo que pienso yo y por esa razón me incomoda tanto (comeduras de cabeza que deben surgir del efecto de la pastilla).

En esas estoy cuando una voz masculina me pide permiso para pasar. Al elevarme sobre mis pies, mi camiseta se sube un poco por el esfuerzo de alcanzar la dichosa mochila.

la, que, en mi afán por ser la primera en subir al avión, se ha quedado detrás de todas.

—Lo siento. —Intento que mi voz no suene tan ridícula como me siento en este momento.

—No pasa nada, ¿la ayudo en algo?

Si mi voz no ha hecho nada de lo que le he pedido, dudo que mi cara esté haciendo algo distinto. Me siento imbécil durante unos segundos eternos, y creo que mi boca se abre al ver al espécimen que me ofrece su ayuda.

—No es nada... es solo que no alcanzo la mochila. — Sus brazos, envueltos en una fina camiseta de algodón, agarran mi mochila sin ningún esfuerzo delante de mi atónita mirada.

Lleva el pelo revuelto; no es rizado, pero sí tiene una especie de descuido controlado que enmarca perfectamente sus facciones. Es la típica imagen de un hombre de revista: ojos ámbar, pestañas oscuras, sonrisa ideal, labios carnosos, dientes blancos y cuerpo de infarto. ¿Por qué sé todo eso? Simplemente porque me acabo de quedar embozada, mientras él me ofrece la maldita mochila con una media sonrisa que me paraliza.

—Gracias. —De nuevo mi locuaz forma de expresarme.

—De nada. —Se queda de pie manteniéndome la mirada y, por unos segundos, pienso que las casualidades existen y que mi futuro empieza a vislumbrar un hilo de luz en medio de tanta oscuridad—. Necesito sentarme, mi asiento es ese —dice señalando el que está justo al otro lado del pasillo, junto al mío.

—Perdona, no me había dado cuenta. ¡Qué tonta soy! Lo siento de verdad. —No paro de soltar disculpas y mi cara empieza a arder. Ni siquiera el pintalabios que me regalaron en el amigo invisible de las últimas Navidades podría hacerle sombra al tono que, seguro, mis mejillas muestran

en este momento.

—Seremos vecinos de viaje. —Y ahí está de nuevo. La vergüenza hecha mujer y sin ninguna posibilidad de disimularlo.

Los siguientes minutos se me hacen eternos. Mi antifaz ya está en su sitio, pero solo con pensar que ese cuerpo de delito está a escasos treinta centímetros de mí, mis ganas de descansar se han debido de ir a algún sitio para dejar paso a otro tipo de necesidad que no puedo satisfacer en este instante.

Presiento que este vuelo se me va a hacer muuuu largo.

Al final decido respirar hondo y relajarme.

«No necesito distracciones», me repito mentalmente. Mi plan de vuelo debe seguir su curso por mucho que ese cuerpo de pecado esté tan cerca y altere mis hormonas: un poco de sueño, repasar el plano de la zona, ordenar las tareas para los próximos días y tener una actitud positiva.

Pero todo resulta un poco complicado cuando mis cuatro sentidos disponibles están empeñados en analizar cada uno de los movimientos de mi vecino de vuelo. Parece estar enredando entre papeles y tecleando en un portátil. Mi imaginación empieza a funcionar al momento. ¿Será un ejecutivo que trabaja para una gran empresa y tiene que viajar continuamente? Aunque no tiene mucha pinta de empresario agresivo, más bien de intelectual moderno. «Quizás debería volver a echar un vistazo para hacerme una idea más concreta». Intento convencerme de que es una idea nefasta y que debo seguir haciéndome la dormida, aunque me esté costando la vida mantenerme quieta en la misma postura.

Después de lo que presupongo una eternidad, me decido a quitarme el antifaz. Mi intento de conciliar el sueño se ha desvanecido; no puedo dormir en este estado de

nervios y ansiedad. Sería mejor que viera la película que están poniendo. Hago como que despierto despacio; no sé hasta qué punto es creíble mi actuación, pero recuerdo haberla ofrecido alguna que otra vez en una cama equivocada y nadie me ha reprochado mi papel.

Cuando me quito el antifaz noto que la luz dentro del avión es más tenue. La mayoría de los pasajeros han decidido echarse un sueño (que es lo que yo debería estar haciendo si ese cuerpo escultural no se hubiese cruzado en mi camino). Sin que casi se note, o, al menos, eso creo yo, lo observo. Está enfrascado en unos documentos y con el portátil encima de su bandeja. Me obligo a no ser muy indiscreta, guardo el antifaz en mi bolso y saco la novela que estoy leyendo. No puedo seguir la película, ya parece que están casi en el nudo de la trama y no me gustan las historias a medias, me traen demasiados recuerdos.

Mi novela está en un punto que no sé si me beneficia o me perjudica en este momento. Leer cómo los protagonistas se hallan en mitad de una escena bastante subida de tono no es precisamente lo que necesito. Cruzo las piernas y las descruzo sin poder mantenerme quieta en el sillón hasta que pase la dichosa escena, que, en otro momento y lugar, estaría disfrutando como una loca, pero que ahora me obliga a contener todas las fibras de mi cuerpo.

Debo de haberlo distraído, porque lo pillo mirándome un par de veces antes de dirigirse de nuevo a mí:

—¿No te gusta volar? —Su conclusión no tiene nada que ver con mis problemas actuales, pero decido que es mucho mejor que piense eso a explicarle que, hasta el momento, no había tenido ningún problema con los aviones porque no me había cruzado justo en el preciso instante de mi vida en que todo está desmoronándose y tengo que recomponerla con alguien como él.

—No estoy muy cómoda en medio de la nada. —